

envidia, á los odios y á las murmuraciones de todos las demas. Desde el momento en que las pasiones que le han acompañado constantemente no le son de ninguna utilidad por haber triunfado de cuantos obstáculos se le oponian, arrójalas de sí con desden, y no habla ya á los hombres sino en nombre de su talento. Este título es suficiente para que se le obedezca, y su poder estriba en el asentimiento que halla la verdad en las almas. Elévase este hombre extraordinario sobre todos los partidos, aunque todos le detestan porque los domina, si bien todos tratan de atraérsele porque puede perderlos ó servirlos. Con todos negocia, y á ninguno se entrega. Impasible, establece sobre el elemento tumultuoso de esta Asamblea las bases de la Constitucion reformada: legislacion, hacienda, diplomacia, guerra, religion, economía política, equilibrio de los poderes, todo es de su inspeccion, y se basta solo para zanjar cuantas cuestiones se presentan, no como un mero utopista, sino como un hábil político. La solucion dada por él es siempre un término medio entre lo ideal y lo positivo. Pone la razon al alcance de las costumbres, y las instituciones en armonía con los hábitos. Quiere un trono para apoyar la democracia, y al mismo tiempo libertad en las Cámaras y que la voluntad de la nacion sea única é irresistible en el gobierno. El carácter de su talento, en parte definido y en parte desconocido, consiste ménos en la audacia que en la exactitud de sus cálculos. Bajo la majestad de la expresion, posee en sumo grado la infalibilidad del buen sentido, y así aun sus mismos vicios pueden prevalecer sobre la lucidez y la sinceridad de su inteligencia. Cuando se halla al pié de la tribuna, es un hombre sin virtud ni pudor; en cuanto sube á ella, es un completo hombre de bien. En su vida privada, aunque solicitado por las potencias extranjeras y vendido á la corte para satisfacer sus costosos caprichos, conserva, á pesar de este tráfico vergonzoso de su carácter, la incorruptibilidad de su genio. De todas las virtudes de un gran hombre de su siglo, no le falta otra que la hombría de bien. El pueblo no es para él una creencia, sino un instrumento; su Dios es la gloria, su fe la posteridad, su conciencia la idea que concibe. Frio materialista, como una gran parte de los hombres de su siglo, nada ve más allá de esta vida frágil y perecedera. «Cubridme de perfumes y coronadme de flores,—dice á los que le rodean al tiempo de morir,—porque voy á entrar en el sueño eterno.» Este hombre es todo materia, y ni su carácter, ni sus obras, ni aun sus pensamientos, se hallan consagrados con un solo signo de inmortalidad. Si hubiese creído en Dios, quizá hubiera sido un mártir; pero hubiera dejado en pos de sí la religion de la razon y el reino de la democracia. En una palabra, Mirabeau es la razon de un pueblo, mas no la fe de la humanidad.

IV

Magníficas apariencias exteriores de dolor cubren con sus negros crespones los sentimientos secretos que la muerte de Mirabeau inspira á todos los partidos. ¿Qué es lo que pasa en el fondo de los corazones, en tanto que el lúgubre clamoreo de las campanas y el horrisono estampido del cañon se hacen sentir en medio de la fúnebre pompa á que acuden doscientos mil espectadores que tribulan á un simple ciudadano honores que sólo al soberano se concedieran hasta aquel dia? Vamos á verlo.

El rey, que tenia á su sueldo la elocuencia de Mirabeau, y la reina, que habia

tenido con él varias conferencias en medio del silencio de la noche, quizá le echaban de ménos como último instrumento de salvacion; sin embargo, el terror que les inspiraba era superior á la confianza que en él tenian, y la humillacion que siente un rey al verse obligado á implorar el socorro de un vasallo, por poderoso que éste sea, debia encontrar un gran alivio al considerar que aquel elemento destructor habia caido ántes que el trono. Con su muerte quedaba vengada la corte de los bochornos que la habia hecho sufrir, y la aristocracia irritada se gozaba en ella, porque cada servicio de los que aquel hombre habia prestado á la causa popular, era una injuria hecha á su altivez hereditaria. Mirábale como un apóstata de su orden, y consideraba como el mayor extremo de degradacion el llegar á verse ensalzada algun dia por el mismo que la habia derribado con tanto estrépito. La Asamblea nacional estaba cansada de la superioridad que un solo hombre habia ejercido sobre ella, y el duque de Orleans conocia que una palabra de Mirabeau hubiera sido suficiente para reducir á la nada su prematura ambicion. Mr. de Lafayette, el héroe de la gente del buen tono, temia al orador del pueblo, y entre el dictador de la ciudad y el de la tribuna debia mediar necesariamente una secreta envidia.

Mirabeau no habia atacado nunca de frente á Lafayette en sus discursos, pero en las conversaciones particulares habia soltado ciertas palabras respecto á su rival, que habian caido sobre él como gotas de plomo derretido. Muerto Mirabeau, aparecia Lafayette mucho más grande, y lo mismo sucedia á todos los oradores de la Asamblea. Mirabeau no habia tenido nunca rivales; lo que no le faltaban eran envidiosos de su gloria. Su elocuencia, por popular que fuese, era la de un patricio. Su democracia nada tenia de ese sentimiento de codicia y de odio que remueve las pasiones más bajas del corazon humano, y que no ve en los beneficios que al pueblo se dispensan sino un insulto hecho á la nobleza. Sus sentimientos populares no eran en cierto modo más que una prodigalidad de su genio, y las grandes expansiones de su alma no tenian ninguna semejanza con los mezquinos arrebatos de los demagogos. Conquistando derechos para el pueblo, parecia ser él quien se los concedia, y el título que mejor conviene á Mirabeau es el de voluntario de la democracia. El papel que desempeñaba y su imponente actitud recordaban demasiado á los otros demócratas que se hallaban en una escala inferior, que desde los Gracos hasta él los tribunos más poderosos y que más habian hecho por el pueblo habian salido de la clase de los patricios. Su talento sin igual con respecto á la filosofia del pensamiento, á la extension de la reflexion y á la grandiosidad del decir, era otra especie de aristocracia que tampoco se le perdonaba. La naturaleza le habia hecho ser el primero entre todos sus contemporáneos; la muerte abria un camino á todos los que estaban detras de él, que iban á disputarle encarnizadamente un puesto que ninguno de ellos habia sido capaz de conquistar. Las lágrimas que estos hombres derramaban sobre su sepulcro eran fingidas. Sólo el pueblo lloraba de corazon, porque el pueblo es demasiado fuerte para ser envidioso, y porque, léjos de echar en cara á Mirabeau su nacimiento, veia en la nobleza de que se hallaba investido un despojo cogido en el campo de la aristocracia. Además, inquieta la nacion por ver caer una tras otra todas sus instituciones, temia un trastorno general en el orden social, y conocia por instinto que el genio de aquel gran hombre era el único apoyo, la sola fuerza que le quedaba. Extinguido este genio,

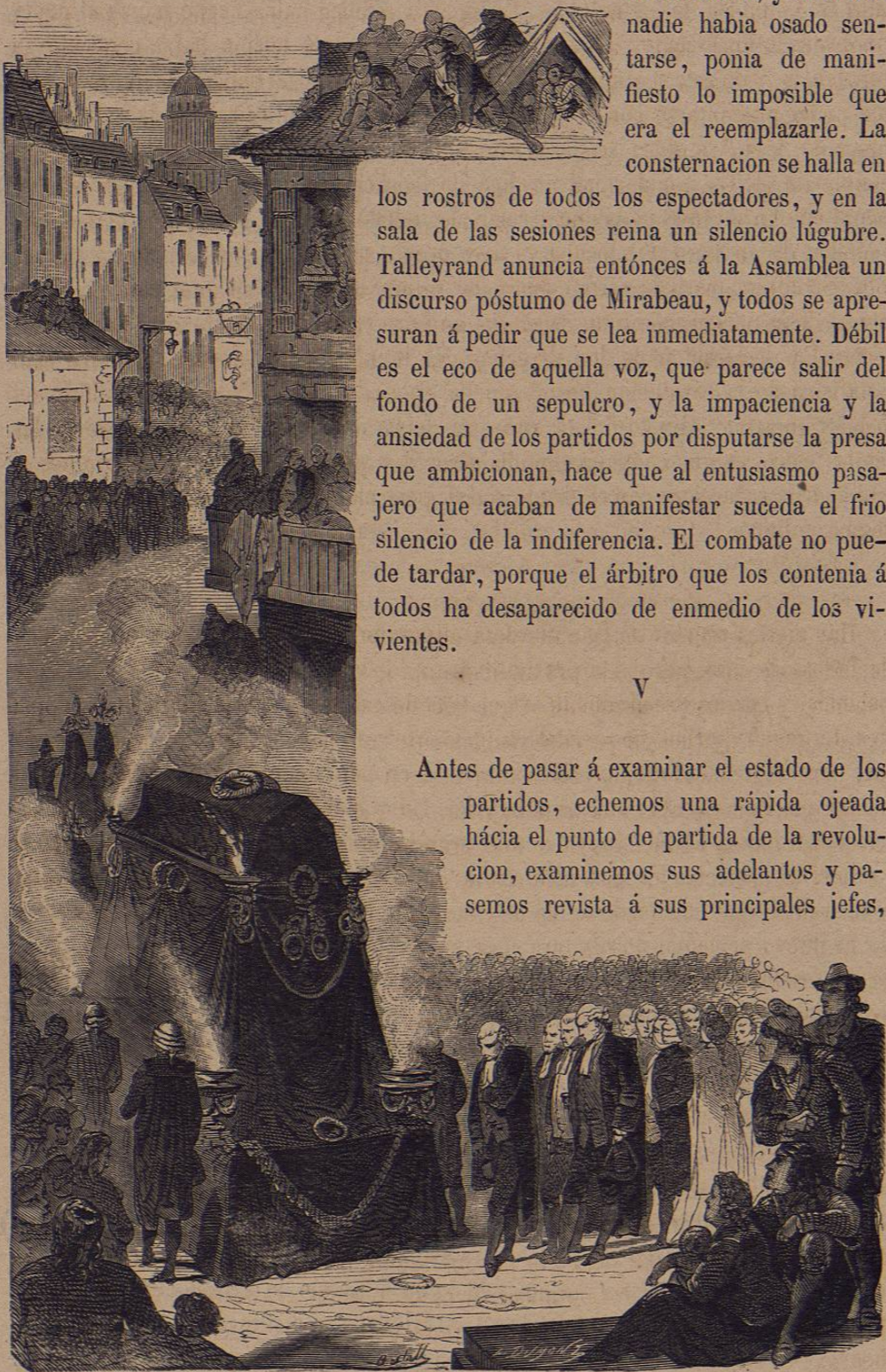
la nación no veía sino tinieblas y precipicios horribles en la marcha tortuosa de la monarquía, y los jacobinos eran los únicos que se daban el parabien en alta voz, porque sólo aquel hombre célebre podía contrariar sus planes con buen éxito.

La Asamblea continuó sus sesiones el 6 de Abril de 1791. El sitio que ocupaba Mirabeau, y en donde nadie había osado sentarse, ponía de manifiesto lo imposible que era el reemplazarle. La consternación se halla en

los rostros de todos los espectadores, y en la sala de las sesiones reina un silencio lúgubre. Talleyrand anuncia entonces á la Asamblea un discurso póstumo de Mirabeau, y todos se apresuran á pedir que se lea inmediatamente. Débil es el eco de aquella voz, que parece salir del fondo de un sepulcro, y la impaciencia y la ansiedad de los partidos por disputarse la presa que ambicionan, hace que al entusiasmo pasajero que acaban de manifestar suceda el frío silencio de la indiferencia. El combate no puede tardar, porque el árbitro que los contenía á todos ha desaparecido de enmedio de los vivos.

V

Antes de pasar á examinar el estado de los partidos, echemos una rápida ojeada hácia el punto de partida de la revolución, examinemos sus adelantos y pasemos revista á sus principales jefes,



Funerales de Mirabeau (Abril, 1791).

que son los que tratan ahora de dirigirla en el camino que todavía le resta por andar.

Dos años escasos habían transcurrido desde que la revolución había abierto una brecha en el edificio monárquico, ya había obtenido unos resultados inmensos. El espíritu de debilidad y de vértigo que dominaba al gobierno, había provocado la Asamblea de los notables. El espíritu público había hecho fuerza al poder y convocado los Estados generales. Reunidos éstos, la nación había conocido su impotencia, y de este sentimiento á la insurrección legal no había más que un paso, que podía precipitarse con sólo pronunciar una palabra. Mirabeau la había pronunciado, y la Asamblea se había constituido á la faz del trono, colocándose por encima de él. La popularidad pródiga de Neckel se había agotado desde el momento en que no tuvo nada que arrojar al pueblo de lo que al soberano pertenecía, y satélite de un astro que tocaba ya á su ocaso, su retirada fué una completa derrota. Su último paso le arrojó fuera del reino, quedando su amo desarmado en manos de la nación, como un rehen del antiguo régimen ofrecido al principio moderno. La declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, único acto metafísico de la revolución hasta aquella época, le había dado una significación social y universal. Objeto fué de risa esta declaración para la mayor parte de las gentes; cierto es que contenía algunos errores y que confundía en sus términos el estado de la naturaleza con el estado social, pero en el fondo era realmente el nuevo dogma político.

VI

Hay ciertos objetos en la naturaleza cuyas formas no se distinguen bien sino alejándose de ellos, porque la proximidad impide verlos lo mismo que la demasiada distancia, y esto es precisamente lo que sucede en medio de los sucesos más notables. La mano de Dios se percibe visiblemente en todos los acontecimientos humanos; pero esta mano divina está sombreada en tal disposición, que nos oculta lo mismo que está ejecutando á nuestra vista. Lo que se entreveía entonces de la revolución francesa anunciaba ya lo más grande que puede acontecer en el mundo, á saber: la aparición de una idea nueva para el género humano; esta idea era la democrática, que más tarde había de traer un gobierno basado en ella misma.

El nuevo principio no era otra cosa, sin embargo, sino una emanación necesaria del cristianismo. Este, al hallar á los hombres gimiendo en la esclavitud y degradados en todos los países del orbe, se había levantado como una venganza á la caída del imperio romano bajo la forma de la resignación. El cristianismo había escrito en sus banderas tres palabras que la filosofía francesa repetía á los hombres casi dos mil años después: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. Este dogma había quedado, sin embargo, reservado en los pechos de los primitivos cristianos. Demasiado débil en sus principios el cristianismo para habérselas con las potestades de la tierra, no había podido elevarse de golpe á ser una ley civil, y se había contentado con decirles: «Os dejo aún por un cuanto tiempo el mundo político, y me destierro al mundo moral. Continúa, si os es posible, encadenando, sujetando y oprimiendo á los pueblos; yo voy á emancipar las almas. Tardaré quizá dos mil años en renovar los espíritus, y no me será dado hasta entonces tocar á las instituciones; pero llegará un día en que mi doctrina se escapará del templo y tendrá

cabida en el consejo de los pueblos. En llegando este día, se renovará enteramente el mundo social».

El día anunciado había llegado ya. Un siglo de filosofía, escéptica en la apariencia, pero creyente en la realidad, le había ido preparando. El escepticismo del siglo XVIII no estaba en pugna más que con las prácticas exteriores y con los misterios de la religión del Crucificado; pero adoptaba con frenesí su moral y su sentido social. Los términos estaban cambiados, pero el sentido era el mismo para unos y otros. A lo que el cristianismo llamaba revelación, la filosofía le daba el nombre de razón, y lo mismo sucedía con otras palabras; pero tanto la religión como la nueva escuela, no tendían sino á la emancipación de los individuos, de las razas y de los pueblos. La diferencia consistía únicamente en que el mundo antiguo se había rescatado en nombre de Jesucristo, y el moderno lo hacía invocando los derechos que toda criatura ha recibido de Dios. De él ó de la naturaleza hacían dimanar este derecho los cristianos y los filósofos. La filosofía política de la revolución no había podido siquiera inventar una palabra para manifestarse á la Europa, que dijese más ni que fuese de más completo sentido que la que había adoptado para sí el cristianismo: *¡Fraternidad!* La revolución francesa tenía precisión, no obstante, de atacar las formas exteriores de la religión dominante, porque esta religión estaba incrustada en las monarquías teocráticas ó aristocráticas que aquella trataba de destruir. Hé aquí explicada esa contradicción aparente del espíritu del siglo XVIII, que en política adoptaba todo lo del cristianismo, y que le correspondía con la más negra ingratitud al propio tiempo, despojándole de cuanto poseía, renegando de su culto. Entre ambas doctrinas existían á la vez una viva repulsión y una atracción violentas. Se reconocían al mismo tiempo que combatían, y aspiraban á reconocerse más completamente cuando la lucha hubiese terminado con el triunfo de la libertad.

Tres cosas eran evidentes para todos los hombres pensadores desde Abril de 1791: una que, lanzado ya el movimiento revolucionario, marcharía de consecuencia en consecuencia á la restauración completa de los derechos de la humanidad oprimida, desde los de los pueblos ante sus gobiernos hasta los del ciudadano ante las razas y los del proletario ante el ciudadano. Esto anunciaba también que la tiranía, los privilegios y la desigualdad de fortunas y categorías se verían perseguidos, no tan sólo en el trono, sino en la ley civil, en la administración, en la distribución legal de la propiedad, en las condiciones de la industria y del trabajo, en las familias, y finalmente, en todas las relaciones del hombre con el hombre y de éste con la mujer. Otra de las cosas que casi á nadie se ocultaban era que este movimiento filosófico y social de democracia tomaría sus formas en un gobierno análogo á sus principios y á su naturaleza, es decir, que aquellas serían la expresión de la soberanía popular, representada por una república, presidida por uno ó más jefes. La tercera, en fin, era la convicción en que estaban cuantos hombres discurrían de que la emancipación social y política arrastraría en pos de sí la emancipación intelectual y religiosa del espíritu humano; que la libertad de pensar, de hablar y de obrar no se detendría ante la libertad de creer; que la idea de Dios, relegada hasta entonces en el fondo de los santuarios, saldría de ellos resplandeciente para alumbrar las conciencias de los libres, iluminadas ya por otra parte con las luces de la libertad; y que esta luz, llamada reve-

lacion por los unos y razón por los otros, haría brillar más y más la verdad y la justicia, dones preciosos que emanan del mismo Dios, principio eterno de toda felicidad.

VII

El pensamiento hace el mundo á su imagen, como Dios.

Este pensamiento había variado completamente, merced á un siglo de filosofismo, y su misión era la de transformar el mundo social.

La revolución francesa era en el mundo un espiritualismo sublime y apasionado; su ideal era universal y divino; y hé aquí la razón por que contaba tantos adeptos en lo exterior.

Con ella aparecieron en el mundo tres soberanías nacionales:

Soberanía del derecho sobre la fuerza;

Soberanía de la inteligencia sobre las preocupaciones;

Soberanía del pueblo sobre los gobiernos.

Revolución en los derechos: igualdad.

Revolución en las ideas: raciocinio sustituido á la autoridad.

Revolución en los hechos: soberanía del pueblo.

Evangelio de derechos sociales. Evangelio de deberes. Carta de la humanidad.

La Francia era el apóstol de la nueva predicación, y para este combate de ideas tenía afiliados en todas partes, hasta sobre los mismos tronos.

VIII

Hay ciertas épocas en la historia del género humano en que, secas las ramas del árbol de la humanidad, caen al suelo por sí mismas para hacer lugar á una savia que renueva los pueblos y rejuvenece sus ideas. La antigüedad está llena de estas transformaciones, cuyas huellas se distinguen á través de los monumentos y de la historia. Cada una de ellas arrastra en su caída un mundo antiguo y da su nombre á una nueva civilización. El Oriente, la China, Egipto, Grecia y Roma han presenciado sucesivamente estas ruinas y estos renacimientos. El Occidente ha pagado también el comun tributo cuando la teocracia druida cedió el puesto á los dioses y al gobierno de los romanos. Bizancio, Roma y el Imperio operaron estos cambios con rapidez cuando, cansados y ruborizándose del politeísmo, se levantaron contra sus dioses, renegando de su culto, de sus ideas y de sus templos. La civilización de Constantino y de Carlomagno envejecía á su vez, y debilitándose las creencias en que se habían apoyado por espacio de diez y ocho siglos los altares y los tronos, el mundo religioso, lo mismo que el mundo político, se veían amenazados de un hundimiento que raras veces deja al poder en pié cuando la fe vacila. La Europa monárquica era obra del catolicismo, y la política dependía servilmente de la Iglesia. El derecho real procedía de lo alto, y el poder del monarca era reputado divino, como la fe. La obediencia á los reyes se tenía como una obligación sagrada, y la discusión sobre estas materias se calificaba de blasfemia, por lo cual se miraba la esclavitud como una virtud. El espíritu filosófico se había sublevado, hacía tres siglos, más ó menos abiertamente contra una doctrina desmentida diariamente por los escándalos, tiranías y crímenes de ambos